

Capítulo 1

Una señal inconfundible de la llegada de la primavera era el regreso del honorable señor Claude y de su esposa a Bodley House, la residencia que tenían en Derbyshire.

Naturalmente, no era la única señal. Estaban también las campanillas de invierno, las primulas e incluso algunos azafranes que salpicaban los bosques y los setos que bordeaban el camino, además de los ocasionales destellos de verde que asomaban ya en los jardines desnudos. Los árboles anunciaban sus primeras pinceladas de verde, aunque era preciso mirar con atención para distinguir los delicados brotes. La temperatura del aire había aumentado y el sol parecía brillar con mayor intensidad. Las calles y los callejones se habían secado, libres por fin del último espeso manto de nieve.

Sí, llegaba la primavera. Sin embargo, el signo más incuestionable de todos, y sin duda el mejor recibido por la mayoría de los habitantes del pequeño pueblo de Bodley-on-the-Water, era el regreso a casa de la familia que, casi de un modo invariable, se marchaba poco después de Navidad, a veces incluso antes, y pasaba los meses de invierno visitando diversas amistades.

La ausencia de la familia era un auténtico suplicio para muchos habitantes del pueblo, para quienes el invierno ya resultaba bastante sombrío. No obstante, durante esos dos meses en que debían vivir sin poder ver a la señora Adams paseando en carruaje por el pueblo, a menudo saludando elegantemente con la cabeza por la ventanilla a algún afortunado transeúnte, o a la misma señora Adams, una autén-

tica visión de refinada elegancia, entrando a la iglesia y deslizándose por el pasillo central sin mirar a derecha ni a izquierda, para tomar asiento en el almohadillado banco delantero. Los pobres, los enfermos y los ancianos tenían que vivir sin el reparto de las cestas con comida, del que ella se encargaba personalmente —aunque un lacayo siempre las transportaba desde el carruaje hasta la casa—, y sin la elegante condescendencia que mostraba al preguntarles por su salud. Los que ostentaban cierta estatura social se veían obligados a vivir sin la ocasional y halagüeña visita, durante la cual la señora Adams se quedaba sentada en su carruaje con la ventanilla bajada mientras un lacayo con librea llamaba al favorecido recipiente de su atención para que saliera de casa, se acercara por el sendero y la saludara con una inclinación de cabeza o con una reverencia, y preguntara cómo estaban el señorito William y la señorita Juliana.

Ni siquiera a los niños se les veía con frecuencia durante los meses de invierno, aunque normalmente sus padres no les llevaban consigo de visita. La niñera estaba firmemente convencida de que el aire invernal era perjudicial para ellos.

Ese año, el señor y la señora Adams habían pasado el mes anterior en Stratton Park, en Kent, con un personaje tan insigne como era el vizconde Rawleigh. Era de todos sabido que el vizconde era el hermano mayor del señor Adams, e igualmente que su señoría se llevaba con su hermano menor tan sólo veinte minutos, un singular golpe de buena fortuna para él, puesto que obraba actualmente en posesión del título, mientras que el gemelo menor se había quedado sin él. Había quien, entre chismorreos, comentaba melancólicamente que, de haber sido la situación a la inversa, podrían haber tenido a un vizconde y a una vizcondesa viviendo en Bodley. Aunque quizá la abuela materna habría dejado la propiedad al otro hermano, y en ese caso habrían tenido igualmente a un señor soltero viviendo allí.

En realidad, no es que les importara que la familia careciera de título alguno, pues poseía todo el boato de la gentileza, y cualquier desconocido en seguida era convenientemente informado de que el

dueño de Bodley era un Honorable, además del hermano del vizconde Rawleigh de Stratton.

El honorable señor Adams y su esposa regresarían a casa en el plazo de una semana. Uno de los lacayos de Bodley así lo había comentado en la posada del pueblo, a la que acudía de noche a tomarse su cerveza, y desde la posada la noticia había corrido como la pólvora. Los Adams llegaban acompañados de invitados, le había dicho al herrero el primer mozo de cuadra, desatando así toda suerte de especulaciones.

¿Sería el vizconde Rawleigh uno de ellos?

El vizconde Rawleigh sería uno de los invitados, efectivamente. La señora Croft, el ama de llaves de Bodley, había comunicado la noticia a la señora Lovering, la esposa del rector. Y serían más las señoras y caballeros invitados. No tenía la menor idea de si habría algún otro título entre ellos. Y no habría tenido noticia de la llegada de su señoría de no haber sido porque la carta de la señora Adams hacía referencia a su cuñado, y el señor Adams no tenía más hermanos que el vizconde, ¿o no era así? En cualquier caso, estaba garantizado que cualquier grupo que incluyera al vizconde Rawleigh debía de ser sin duda un grupo distinguido.

El consenso general era que casi había merecido la pena haber tenido que prescindir de la familia durante dos espantosos meses. Habían pasado dos años desde la última vez que el señor y la señora Adams habían regresado a casa acompañados de invitados, y hacía muchos más que el vizconde Rawleigh no visitaba a su hermano en el campo.

La expectación en el pueblo era enorme. Y aunque nadie conocía la hora ni el día exactos de la llegada, estaban todos alerta. Indudablemente llegaría más de un carruaje para la familia y los invitados, y una flota adicional para el transporte de sus pertenencias y de los criados. Era a todas luces un espectáculo que nadie quería perderse. Afortunadamente, la familia no tenía otro modo de volver desde Kent que cruzando el pueblo. Y era de esperar que llegaran antes de que oscureciera. En cualquier caso, eso era algo que estaba prác-

ticamente garantizado cuando había damas entre los viajeros, pues nunca se sabía cuándo los salteadores acechaban en la oscuridad de los caminos.

La primavera por fin llegaba y traía con ella una vida, un vigor y un esplendor renovados, un esplendor en los bosques y en los setos, y también un esplendor de otra suerte incluso más excitante en Bodley.

Muy a su pesar, la señora Catherine Winters, viuda, reparó en que miraba mucho más a menudo de lo que era habitual en ella por las ventanas delanteras de su pequeña casa de campo con techo de paja, situada en el extremo más al sur de la calle del pueblo, y que escuchaba con todos sus sentidos alerta, a la espera de oír el sonido de carruajes acercándose. Adoraba más su jardín posterior que el delantero debido a los árboles frutales, con sus ramas colgando sobre el césped y la sombra que ofrecían en verano, y porque el río pasaba y borboteaba sobre las piedras cubiertas de musgo al fondo de aquel espacio. Aun así, últimamente se sorprendía frecuentando más el jardín delantero, viendo asomar los primeros brotes del azafrán y viendo también abrirse paso desde el suelo a unos cuantos valientes y fugaces destellos de los bulbos de narcisos. Sin embargo, habría entrado apresuradamente en la casa si realmente hubiera oído acercarse algún carruaje. Eso fue precisamente lo que ocurrió una mañana, y no tardó en descubrir que se trataba del reverendo Ebenezer Loving, que volvía en su calesa de una visita a una granja situada en las inmediaciones.

La señora Winters albergaba sentimientos encontrados hacia el regreso de la familia a Bodley. Los niños se alegrarían. Hacía semanas que esperaban ansiosos el regreso de su madre. Obviamente, la señora Adams llegaría sin duda cargada de regalos y pasaría semanas mimándoles, de modo que las clases de los pequeños se verían interrumpidas. Pero lo cierto es que los niños necesitaban a su madre más que cualquier clase de lecciones. Catherine les daba clase de mú-

sica en casa de los Adams dos veces por semana, aunque ninguno de los niños tuviera demasiadas aptitudes para el pianoforte. En cualquier caso, todavía eran muy pequeños. Juliana sólo tenía ocho años, y William siete.

La vida resultaba ligeramente más interesante cuando el señor Adams y su esposa estaban en Bodley. A veces, la invitaban a cenar a casa o a una partida de cartas. Catherine era perfectamente consciente de que eso sólo ocurría cuando la señora Adams necesitaba a alguien que completara el grupo y siempre que ese alguien fuera una mujer. Y también era consciente de la condescendencia con la que la trataban en esas ocasiones. Aun así, había algo de engañosamente agradable en la oportunidad de ponerse sus mejores galas —aunque estaba convencida de que, a ojos de la gente de la ciudad, su ropa, confeccionada por ella misma, debía de resultar anticuada— y gozar de la compañía de gente que tenía un poco de conversación.

Y el propio señor Adams se mostraba siempre afable y cortés con ella. Era un caballero extremadamente apuesto, cuyo atractivo habían heredado sus hijos, si bien la señora Adams también era preciosa. Pero Catherine había aprendido a evitar la compañía del señor Adams en la casa. La lengua de la señora podía volverse decididamente afilada si les veía conversando. Qué mujer más tonta... como si su comportamiento alguna vez hubiera dado indicios de que tenía el menor interés en alguna suerte de flirteo.

No, no lo tenía. Había terminado con los hombres. Y con el amor. Y con el flirteo. Todo eso la había llevado a su situación actual. Y no es que se quejara. Tenía una casa muy agradable en un pueblo suficientemente agradable, y había aprendido a ocupar su tiempo de un modo útil, para que los días no le resultaran insoportablemente tediosos.

Le alegró el regreso de la familia, o al menos en parte. Pero volvían con invitados. «Invitados», en plural. Al vizconde Rawleigh no le conocía. No le había visto nunca y jamás había oído hablar de él antes de instalarse en Bodley-on-the-Water. Pero habría otros invitados, sin duda gente de *ton*. Y existía la posibilidad de que conocie-

ra a alguno de ellos, o quizás incluso a más de uno... o, para ser más precisos, de que al menos alguno de ellos la conociera.

Era una remota posibilidad, aunque la llenaba de inquietud.

Catherine no quería que nada turbara la paz de su espíritu. Le había costado demasiado esfuerzo ganársela.

Llegaron en mitad de una fresca aunque soleada tarde en que Catherine estaba en el extremo del sendero delantero de su casa, despidiéndose de la señorita Agatha Downes, la hija solterona de un antiguo rector que había ido a verla para tomar el té con ella. Fue prácticamente imposible regresar dentro sin ser vista y poder apostarse tras la cortina de la salita a observar desde allí sin ser observada. Lo único que pudo hacer fue quedarse allí de pie, sin tan siquiera un sombrero que le protegiera la cara, y esperar a que la reconocieran. Envidió a *Toby*, su terrier, que estaba a salvo en casa, ladrando ruidosamente.

Había tres carruajes, sin contar los coches que transportaban el equipaje, que avanzaban ligeramente retrasados. Era imposible ver quién viajaba en ellos, a pesar de que la señora Adams se inclinó hacia delante en su asiento del primer carruaje para levantar una mano y saludarlas con una inclinación de cabeza. «Casi como una reina saludando a sus súbditos campesinos», pensó Catherine con el humor que se apoderaba de ella durante todos sus encuentros con la señora Adams. Asintió, también ella, en respuesta al saludo.

Había tres caballeros a caballo. Una fugaz mirada bastó para que Catherine reconociera en dos de ellos a dos desconocidos. El tercero tampoco era ninguna amenaza. Sonrió al señor Adams, acompañando el gesto con una inclinación de cabeza —algo que siempre que podía intentaba evitar en presencia de su esposa—, antes de que algo en su porte y en la arrogancia, en la frialdad y en la seriedad con la que le devolvió la mirada la alertara de que aquél no era en realidad el señor Adams.

Claro, el señor Adams tenía un hermano gemelo, el vizconde Rawleigh. ¡Qué humillación! Sintió que el color le ardía en las mejillas y esperó y deseó que él hubiera pasado lo bastante lejos como para no haberse dado cuenta. Esperó también que pareciera que su inclinación de cabeza había sido en deferencia a todo el grupo.

—Mi querida señora Winters —decía la señorita Downes—, qué gratificante haber estado aquí fuera y tan cerca del camino cuando el señor Adams, su querida esposa y sus distinguidos invitados regresaban a casa. La señora Adams ha tenido un gesto muy agradable al saludarnos como lo ha hecho, sin duda alguna. Podría haberse mantenido en la sombra, como seguramente debía de ser su predisposición tras el tedio de un largo viaje.

—Sí —concedió Catherine—, viajar es sin duda una actividad agotadora, señorita Downes. Estoy segura de que agradecerán llegar a Bodley House a tiempo para tomar el té.

La señorita Downes salió por la verja del jardín y giró en dirección a su casa, ansiosa por compartir lo que acababa de ver con su anciana e inválida madre. Catherine la vio alejarse calle abajo y vio también, divertida, que todo el mundo parecía haber salido de sus casas. Era como si una gran procesión acabara de pasar y todos siguieran regocijándose en la gloria de haberla presenciado.

Catherine no dejaba de sentirse mortificada. Quizás el vizconde Rawleigh se había dado cuenta del error que había cometido al distinguirlo con su pequeña reverencia... y con su sonrisa. Quizá, pensó esperanzada, otros en el pueblo habían hecho lo mismo. Quizás algunos ni siquiera habían caído todavía en la cuenta del error que habían cometido.

El aspecto del vizconde era casi idéntico al del señor Adams, pensó Catherine. Pero si era un error juzgar a partir de primeras impresiones —y así lo hacía ella, a pesar de saber que quizás estaba siendo injusta—, el carácter de ambos era claramente distinto. Ese hombre era altivo y carecía de sentido del humor. Había percibido frialdad en sus ojos oscuros. Quizá fuera una diferencia que venía marcada por veinte fatídicos minutos. Lord Rawleigh ostentaba toda la importancia de un título, una gran fortuna y una rica e inmensa propiedad que le obligaban a estar a la altura.

Catherine esperaba y deseaba no tener que pasar por el bochorno de volver a verle. Y que la estancia del vizconde en Bodley fuera breve, aunque lo más probable era que él ni siquiera hubiera repara-

do en ella más que en cualquiera de los testigos de su regio desfile a lo largo de la calle.

—Bien —dijo Eden Wendell, barón de Pelham, mientras recorrían la única calle de Bodley-on-the-Water, sintiéndose casi como parte de la caravana de un circo—, al menos estábamos equivocados en una cosa.

Sus dos amigos no le preguntaron a qué se refería, pues habían hablado específicamente al respecto antes de decidir pasar unos días en el campo de Derbyshire y durante el camino que había de llevarles hasta allí.

—Pero sólo en una de las tres —dijo el señor Nathaniel Gascoigne con fingido pesar—, a menos que haya unas cuantas docenas más ocultas tras las cortinas de las ventanas de estas casas de campo.

—Ni lo sueñes, Nat —dijo Rex Adams, vizconde de Rawleigh—. No creo equivocarme si os digo que todos los lugareños con su perro han salido a la calle a mirar embobados cómo pasábamos. Y, según he podido observar, sólo había entre ellos una persona de buen ver.

Lord Pelham suspiró.

—Y sólo ha tenido ojos para ti, Rex, malditos sean tus ojos —dijo—. Si bien debo reconocer que más de una dama de entre mis conocidas ha calificado de irresistibles mis ojos azules, la atractiva lugareña ni siquiera ha reparado en ellos. Sólo ha tenido ojos para ti.

—Quizá te habría convenido más que ninguna mujer hubiera encontrado tus ojos tan irresistibles, Eden —replicó secamente lord Rawleigh—. Si yo hubiera estado en la ciudad, quizá la dama en cuestión habría mirado los míos y no habrías tenido que retirarte unos meses al campo, perdiéndote toda la Temporada.

Lord Pelham se estremeció al tiempo que el señor Gascoigne echó atrás la cabeza y se rió.

—*Touché*, Ede —dijo—. Vamos, reconócelo.

—Era nueva en la ciudad —dijo lord Pelham, frunciendo el ceño—, y tenía un cuerpo para caer rendido a sus pies. ¿Cómo iba a

saber yo que estaba casada? Puede que a vosotros la idea de veros sorprendidos en la cama por un marido en pleno acto, por así decirlo, os resulte hilarante, pero a mí no me lo pareció entonces ni me lo sigue pareciendo ahora.

—A decir verdad —dijo el señor Gascoigne, llevándose una mano al corazón—, lo siento por ti, Ede. No pudo ser todo más inoportuno. Por lo menos el hombre podría haber tenido la decencia de esperar en las sombras hasta que hubieras debidamente —o indebidamente— terminado.

Echó nuevamente la cabeza atrás y volvió a reírse. Afortunadamente, estaban ya fuera de los confines de la calle del pueblo y subían por la avenida bordeada de robles que llevaba a Bodley House.

—En cualquier caso —intervino su amigo tras fruncir los labios y negarse a recoger el guante. Y es que, a fin de cuentas, llevaba varias semanas soportando las mismas mofas—, no soy yo el único que se ha visto obligado a retirarse al campo, Nat. ¿Debo acaso airear el nombre de la señorita Sybil Armstrong?

—¿Y por qué no? —respondió el señor Gascoigne, encogiéndose de hombros—. Lo has hecho a menudo últimamente, Ede. Un beso navideño, eso fue todo. Bajo el muérdago. Habría sido una grosería haberme resistido. La muchacha estaba allí de pie deliberadamente, fingiendo no haber reparado ni en él ni en mí. Y entonces los hermanos, los padres y los primos, y los tíos y las tías...

—Vemos la imagen con dolorosa claridad —le tranquilizó el vizconde.

—... saliendo por las puertas, las paredes, los techos y los suelos —dijo el señor Gascoigne—. Y todos mirándome expectantes, esperando de mí una inminente declaración. Os digo y os repito que aquello habría bastado para darle un buen susto a cualquiera. Menu-do trago.

—Sí, hemos pasado por ellos en más de una ocasión —intervino el vizconde—. Y por eso habéis caído sobre mí como un par de conejos asustados, y ahora me veo obligado a retirarme al campo con vosotros y perderme yo también la Temporada.

—Qué injusto, Rex —dijo el señor Gascoigne—. ¿Acaso somos nosotros los culpables de que hayas decidido perderte la Temporada y a todas las jóvenes aspirantes con sus madres? Oh, vamos, ¿lo somos? Díselo tú, Ede.

—Nos ofrecimos a mantener Stratton caldeado y a vivir allí durante tu ausencia —dijo lord Pelham—. Vamos, admítelo, Rex.

El vizconde sonrió de oreja a oreja.

—Os está bien empleado que mi cuñada nos haya invitado a venir y que yo haya decidido que me acompañarais, en vez de quedaros haraganeando en Stratton. Y os está bien merecido que entre las lugareñas sólo haya una mujer atractiva y que se haya fijado en mí.

Hubo un coro de protestas, aunque fueron incoherentes y rápidamente silenciadas por la llegada del grupo a la casa. Desmontaron y entregaron las riendas de las monturas a los mozos de cuadras antes de proceder a ayudar a las damas a descender de los carruajes.

Sin duda la lugareña era una mujer atractiva, pensó el vizconde Rawleigh, aunque ya no era joven y parecía demasiado refinada para ser una simple lechera o una criada, o una muchacha de la que podría disfrutar a cambio de unas monedas. Estaba en el jardín de una pequeña aunque respetable casa de campo. Muchas eran las probabilidades de que hubiera un marido incluido en la casa que reclamara para sí la propiedad de esa belleza.

Una lástima. La mujer era definitivamente hermosa, con su cabello dorado, los rasgos proporcionados y la tez cremosa. Y poseía además una agradable figura, ni demasiado delgada ni demasiado voluptuosa. A diferencia de la mayoría de sus conocidos, al vizconde no le atraían las mujeres voluptuosas. Tampoco tenía el pelo encrespado, ni rizado, ni adornado. Dejaba que su belleza se cimentara sobre sus méritos propios, sin la ayuda de ningún artificio. Y su belleza tenía, sin duda, muchos méritos.

Indudablemente, era una descarada. Los ojos del vizconde habían encontrado los suyos cuando ella saludaba a Clarissa con una inclinación de cabeza. Rex había reparado ya entonces en el modo en que los ojos de la dama habían recorrido a Eden y a Nat antes de fijarse

en él. La impúdica criatura había sonreído e inclinado entonces la cabeza en un gesto clara y exclusivamente dedicado a él.

Bueno, decidió que no tenía nada en contra de un pequeño y discreto flirteo si se daba la milagrosa situación de que no había ningún marido que pudiera sorprenderles en comprometedoras circunstancias, como le había ocurrido al pobre Eden. Ciertamente, no estaba interesado en ninguna de las dos damas solteras que eran parte del grupo de invitados de Claude, una de las cuales era la hermana de Clarissa. Y menos aún en ninguna otra perspectiva de matrimonio. Si Clarissa hubiera tenido algo de cerebro en su cabeza, se habría dado cuenta de que le convenía más mantenerle soltero que intentar endilgarle a su hermana. A fin de cuentas, Claude era su heredero, y después de Claude, el hijo de Clarissa.

Pero quizás ella temía que pudiera dejarse llevar por algún capricho y permitir que cualquier otra mujer le echara el guante mientras ella no estaba presente para mantenerle debidamente vigilado.

Clarissa no tenía motivos para albergar semejante temor. El único roce cercano que él había tenido con el matrimonio había bastado para durarle toda una vida, junto con las dolorosas y tremendas emociones que habían sido parte de la experiencia. Por lo que a él respectaba, la señorita Horatia Eckert podía colgarse, aunque en su día la hubiera amado mucho. Y últimamente ella le había hecho proposiciones, otra razón por la que se alegraba de haber ido a Bodley con su hermano y sus amigos en vez de trasladarse a la ciudad para pasar allí la Temporada. Se le endureció la mandíbula durante un instante.

—Rawleigh. —Su cuñada le puso una mano en la manga del gabán cuando él la depositó en el suelo, tras ayudarla a bajar del carruaje. Ella siempre le llamaba por su título, aunque él la había invitado a hacerlo por su nombre. Rex creía que saberse emparentada con un título le hacía sentirse más importante—. Bienvenido a Bodley. Acompaña a Ellen dentro. Está muy fatigada. Ya sabes lo delicada que es. La señora Croft te acompañará a tus habitaciones.

Clarissa parecía albergar el firme convencimiento de que cuanto más delicada era la mujer, más atractiva debía de resultar en cali-

dad de posible esposa. Y sin duda había dedicado las dos últimas semanas, desde que la señorita Hudson se había reunido con ella en Stratton por sugerencia del vizconde, a describir así a su hermana a oídos de Rex.

—Será un placer, Clarissa —dijo el vizconde, volviéndose a ofrecer su brazo a la menor de las dos hermanas—. ¿Señorita Hudson?

La señorita Ellen Hudson le tenía miedo, pensó él con cierta irritación. O quizá se sentía intimidada por su presencia, que era más o menos lo mismo, y desde luego igualmente fastidioso. Sin embargo, Clarissa parecía creer que los dos disfrutarían viviendo irritados e intimidados juntos el resto de sus vidas.

¿Estaría casada?, se preguntó Rex, abandonando con el pensamiento a la joven que llevaba del brazo.

¿Y cuánto tiempo tendría que esperar para poder averiguarlo decentemente?

La copa de la felicidad de la señora Clarissa Adams estaba rebosante. Tenía invitados en Bodley durante un tiempo indeterminado: once en total, y con no menos de tres títulos entre ellos; cuatro, si contaba a su cuñada Daphne, cuyo esposo, sir Clayton Baird, la había convertido en lady Baird.

Estaban Rawleigh y sus dos amigos; su propia hermana, la de Claude y el marido de ésta; Ellen; Hannah Lipton, la gran amiga de Clarissa, con el señor Lipton, la hija de ambos, la señorita Veronica Lipton, que era un año mayor que Ellen y no tan hermosa ni de constitución tan delicada, y su hijo, el señor Arthur Lipton, con su prometida, la señorita Theresa Hulme. La señorita Hulme sólo tenía dieciocho años, una edad peligrosa, aunque desgraciadamente era una joven muy insípida, con su cabello castaño y sus ojos de color verde claro. En cualquier caso, estaba a salvo prometida con el joven señor Lipton y Clarissa no tenía el menor deseo de ser desagradable.

Sólo había un detalle que ensombrecía la felicidad de la señora Adams. Eran un número impar. Todas las insinuaciones que le ha-

bía lanzado al señor Gascoigne, el amigo desprovisto de título de Rawleigh, habían caído en saco roto, y éste había aceptado la invitación que se había visto obligada a extenderle, como lo había hecho el barón Pelham. Y su intento de convencer a una joven amiga viuda para que se uniera a ellos en su carruaje de regreso a Bodley había fracasado cuando una respuesta a su carta le había dado la noticia de que la amiga en cuestión estaba nuevamente prometida y tenía previsto casarse en el plazo de un mes.

De ahí que la señora Adams sintiera la vergüenza propia de una anfitriona que había hecho tan mal sus cálculos como para verse de pronto con un número impar de damas y de caballeros. Sin duda, una situación de lo más bochornosa. Se devanó los sesos, intentando dar con alguna dama adecuada que no viviera demasiado alejada de Bodley para poder agregarla como invitada durante unas semanas, pero no se le ocurrió ninguna. De ahí que se viera obligada a recurrir al recurso de mandar invitaciones a alguna dama soltera local a la que razonablemente no podía pedírsele que se alojara en la casa. No tenía sentido dar demasiadas vueltas a quién podía ser. De hecho, sólo había una posibilidad.

La señora Catherine Winters.

La señora Adams no sentía simpatía por la señora Winters. Se daba demasiados aires, sobre todo teniendo en cuenta que vivía inmersa en una elegante pobreza en una pequeña casa de campo y que tenía un armario de tamaño extremadamente limitado. Y nadie parecía saber de dónde procedía exactamente cuando cinco años antes había llegado al pueblo, ni quién había sido su esposo. Ni tampoco su padre, puestos a saber. Pero la señora Winters mostraba un aire de discreta elegancia, y su conversación era igualmente refinada y juiciosa.

A la señora Adams le molestaba que se diera por hecho que la mujer en cuestión era una dama simplemente porque se comportaba como tal. Y le irritaba sobremanera tener que invitar a la señora Winters a almorzar o a completar ocasionalmente una partida de cartas, cuando en realidad era la profesora de música de los niños. Aunque

no aceptara pago alguno por esa labor, cierto. Aun así, resultaba denigrante tener que juntarse socialmente con alguien que era prácticamente una criada.

Si la señora Winters no se hubiera vestido de un modo tan poco acorde con la moda ni hubiera llevado ese peinado tan sencillo, casi podría habérsela considerado hermosa. Naturalmente, no tanto como Ellen. Pero estaban esos aires que se daba. Y nada debía distraer la mente de Rawleigh y apartarla de Ellen. La señora Adams estaba segura de que el vizconde había mostrado un educado interés por la joven durante las últimas dos semanas.

Por interesante que pudiera parecer, a la señora Adams nunca le preocupaba demasiado la mirada extraviada de Claude. Claude estaba entregado a ella. Nueve años antes, ella había tenido algunas dudas sobre si debía o no casarse con aquel joven apuesto y encantador, siendo como era una joven con cierto sentido común, así como con cierta dosis de vanidad. No creía ser el tipo de mujer que sonreía y fingía ignorancia mientras su marido buscaba saciar su placer con furcias y amantes. Sin embargo, el matrimonio era sin duda para ella un enlace en gran medida ventajoso. A fin de cuentas, Claude era heredero de un vizconde. Y le gustaba su apostura. De ahí que hubiera decidido casarse con él y retenerle a su lado. Se había convertido deliberadamente en su esposa y también en su amante, animándole a hacer con ella en la privacidad de su alcoba lo que habría llevado a morir de conmoción a la mayoría de esposas de exacerbadas sensibilidades. Y vale decir que Clarissa no se había conmocionado: le gustaba lo que hacía.

No, la señora Adams no temía perder a su marido en manos de mujeres como la señora Winters, aunque tampoco animaba a la mujer a que se arrimara demasiado a él. Pero le habría gustado poder disponer de alguna dama en cierto modo más... fea para poder completar con ella su grupo de invitados.

Desgraciadamente, no disponía de nadie más.

—Mandaré a buscar a la señora Winters para que venga a cenar esta noche —le dijo al señor Adams esa mañana tras su regreso a

casa—. Estoy convencida de que agradecerá poder elevar su posición social durante una noche. Y podemos confiar en que no deshonrará la compañía.

—Ah, la señora Winters —dijo su marido con una cálida sonrisa—. Siempre es una compañía agradable, mi amor. ¿Te tuve despierta hasta muy tarde anoche tras tan largo viaje? Te ruego que me disculpes.

Claude sabía que sus excusas no eran necesarias. Clarissa cruzó el estudio hasta llegar al lado del escritorio donde estaba sentado y agachó la cabeza para que él la besara.

—La sentaré al lado del señor Gascoigne —dijo—. Podrán distraerse mutuamente. Me parece una provocación que él no haya regresado a Londres después de haberse aprovechado durante tres semanas de la hospitalidad de Rawleigh.

—Me parece una idea espléndida sentarles juntos, mi amor —dijo Claude. Había diversión en su sonrisa—. Sin embargo, creo que malgastas tus esfuerzos intentando emparejar a Ellen con Rex. Él no va a dejarse atrapar, o eso dice. Y empiezo a creer que habla en serio. Me temo que la señorita Eckert haya dejado en él una profunda herida.

—Ningún hombre ha nacido para dejarse atrapar hasta que se le ayuda a ver que hay cierta dama hecha a su medida —respondió ella, burlona—. La primera sencillamente no era la adecuada.

—Ah. —Claude volvió a sonreír—. ¿Fue eso entonces lo que me hiciste ver, Clarissa? ¿Que estabas hecha para mí? Qué perspicaz fuiste.

—Ellen y Rawleigh están hechos el uno para el otro —replicó ella, negándose a que Claude distrajera su atención.

—Eso ya lo veremos —dijo él, echándose a reír.